

4 San Agustín de Hipona

(Ética y política) Para San Agustín de Hipona, la felicidad, el Bien Supremo para el hombre, se encuentra en la contemplación de la Verdad (Dios), solamente alcanzable en una vida futura. Como Dios es el Bien Supremo para el hombre se debe orientar la voluntad a él, es decir, amar a Dios y a los hombres en función de Dios, que es en lo que consiste la perfección moral. La perfección moral estriba en seguir el designio divino (Ley Eterna) implantado en toda la creación. En los seres no racionales aparece como tendencia natural inevitable, mientras que en el hombre, porque es libre, aparece como obligación moral que puede o no cumplirse. Para San Agustín la voluntad del hombre puede volverse a Dios o a las cosas terrenas (desobedecer la Ley Eterna). Desde el pecado original, el hombre está en el mal y tiende al mal, por ello necesita de la gracia divina que pueda darle la libertad de no pecar. Entonces el mal tiene su causa en el libre albedrío no porque lo cree, sino porque la voluntad humana puede apartarse de Dios y desordenarse, siendo la falta de orden según la Ley Eterna lo que es el mal. De igual manera permite que podamos ser buenos porque somos libres de tornar la voluntad hacia Dios, lo bueno. La libertad es condición de moralidad porque para que una acción pueda ser calificada como buena o mala hemos de haber podido elegir.

De acuerdo con esto, S. Agustín distingue dos grupos de hombres: los que aman a Dios hasta el desprecio de sí mismos, que constituyen la Ciudad de Dios, y los que se aman a sí mismos hasta el desprecio de Dios, que constituyen la Ciudad Terrena pues ponen su amor en bienes terrenos. La historia es una lucha entre estas dos ciudades que se resolverá con la condenación de los segundos y la salvación de los primeros. Aunque no pueden identificarse justificaciones humanas pues son categorías morales, la Ciudad de Dios podría quedar reflejada en la Iglesia, y el Estado ser el reflejo de la Ciudad Terrena, porque ordena a los hombres con vista a la consecución de objetivos terrenales. San Agustín no desprecia el Estado pues es necesario para conseguir el bienestar terrenal. Sin embargo, está claramente subordinado a la Iglesia que, identificada con la Ciudad de Dios, posibilita la salvación.

(Relación razón y fe) Como ya hemos mencionado, para S. Agustín todo ser humano tiende a la felicidad: la contemplación de la Verdad (cristiana) y la vida de acuerdo a ella. A ella se accede por la fe, una luz especial que ayuda a ver con claridad las verdades que aun no pueden comprenderse. Por ello la fe es previa a la razón. La razón ayuda a comprender aquello que se cree por fe y sacia nuestra avidez de conocimiento. Por ello, la fe es un medio pero no un fin, y debe desaparecer para dar paso a la inteligencia. Ambas se complementan y necesitan: la razón sin fe puede extraviarse, y la fe sin razón no satisface nuestra necesidad de entender.

(Conocimiento científico) En cuanto al conocimiento científico, es entendido, en el sentido clásico, como ciencia universal y necesaria, por lo que no se puede encontrar en lo sensible. De esta manera, el camino al conocimiento es un acto de interiorización en el que el alma se vuelve hacia sí misma. La primera verdad que el alma descubre es que piensa y por tanto existe. También encuentra verdades eternas, necesarias e inmutables (como las verdades naturales). La razón no puede modificarlas, la trascienden y gobiernan por lo que solamente pueden haber procedido de Dios, por lo tanto es posible conocerlo indirectamente como único fundamento de ellas. Según San Agustín estas verdades solamente pueden ser las ideas contenidas en la mente eterna de Dios, de acuerdo a las que creó el mundo. Podemos conocer estas verdades pues Dios las ilumina en nosotros. De este modo, establece tres grados de conocimiento: la *sapientia*, nivel supremo de conocimiento posible en esta vida, la *scientia*, que juzga los objetos sensibles con las ideas eternas, y la sensación, el nivel más bajo.

(Ontología) Dios, completamente separado, eterno y absolutamente perfecto ha creado el mundo a partir de ideas en su mente que le han servido de modelo. Todos los seres, que preexisten en la mente de Dios, han sido creados voluntariamente y existen separadamente de Dios (creación *ex-nihilo*).

(Antropología) Uno de los seres más excelso que ha creado Dios es el hombre, concebido por S. Agustín como compuesto cuerpo-alma. La relación entre estas partes no es clara: por un lado se presenta como una unidad substancial entre las dos y por otra con una visión dualista. Lo importante es que el alma es la substancia más elevada del ser humano. Las almas no son coeternas con Dios sino que fueron creadas por Dios (no existían antes pero sí son inmortales) aunque no aclara si Dios creó todas al inicio y las depositó en Adán o las va creando individualmente. El cuerpo no es despreciado (contrario a Platón) por la esperanza de la futura resurrección de la carne.